

Agresores y agredidos. Los abusos sexuales de adolescentes

Félix López Sánchez

Universidad de Salamanca.

Los adolescentes son considerados con frecuencia como un problema en nuestro tiempo. También como agresores sexuales, porque son numerosos los datos que demuestran que un número importante de abusos sexuales a menores son cometidos por otros menores —normalmente adolescentes— en este artículo se presentan datos que confirman estos hechos y se indica que ha sido necesario cambiar la definición de abusos sexuales a menores, para incluir los cometidos por otros menores.

Pero, y en esto se centra nuestro artículo, no puede olvidarse que los menores que agreden sexualmente a otros, con frecuencia han sufrido otros tipos de maltrato, especialmente maltrato físico, y también es más frecuente que hayan sufrido ellos mismos abusos sexuales.

Por todo ello se propone prevenir los abusos trabajando con los adolescentes tanto en cuanto como posibles víctimas, como, en el caso de los varones, que son los que suelen cometer los abusos, como posibles agresores.

Introducción: Los adolescentes como problema

Si el siglo XX comenzó con la preocupación por cuidar más a los menores, es posible que se pueda decir que acaba expresando la preocupación que provocan los problemas creados o generados por los menores. Los adolescentes producen, en algunos países, más gastos a la seguridad social que las personas que tienen en torno a los 60-65 años (edad en la que es razonable pensar que se sufran más enfermedades), son responsables del 20% de las violaciones, cometen numerosos actos de agresión física y delitos contra la propiedad, plantean problemas que sobrepasan a los padres y a los profesores, etc.. Incluso son bastantes los autores que empiezan a hablar ya del maltrato que hacen los hijos menores —adolescentes— a los propios padres. Todo esto y mucho más es verdad, como queda reflejado en otros trabajos de este monográfico.

La situación es tal que numerosas personas bien sensatas y formadas llegan a afirmar que estamos ante un problema tal de autoridad y disciplina que hemos de reconocer el fracaso de la educación

llamada "democrática", "progresista", etc.

Un compañero ha escrito estos días un artículo sobre adolescencia con el siguiente título: "Los adolescentes, encantadoramente insoportables" (Madrid, 1998).

Desde este punto de vista los adolescentes se convierten, con frecuencia, en un problema social para los padres, que pierden el control sobre ellos y sufren sus continuas exigencias, para los profesores, que tienen dificultades en motivarlos, matener el orden y afrontar las conductas disrruptivas en clase y para la sociedad en general que soporta frecuentes conductas de vandalismo o otros tipos de problemas sociales creados por una conducta en la que los valores sociales son con frecuencia vulnerados. Por ejemplo, desde el punto de vista social, la tendencia a mediatizar el ocio con alcohol provoca problemas tan graves que, por referirnos unicamente a un aspecto de ellos, se han convertido en la primera causa de muerte entre los jóvenes: los accidentes de tráfico. Si a esta primera causa de muerte unimos los problemas del SIDA, de Embarazo No Deseado, etc., empezamos a tener un cuadro, ¿por qué no reconocerlo?, verdaderamente alarmante.

Por lo que hace relación al tema concreto de este trabajo, los abusos sexuales a menores, los

adolescentes están tan implicado en esta problemática que ha sido necesario cambiar la definición tradicional, reducida tradicionalmente a los abusos de un adulto a un menor, para incluir también los abusos que los menores de edad (adolescentes, casi siempre) cometen contra otros menores de edad.

La implantación de detectores de metales en centros escolares, como ha ocurrido en Estados Unidos, la aparición de cárceles para menores, como acaba de suceder en Gran Bretaña, y la necesidad de reforzar las medidas de seguridad en algunas "Residencias de menores" de España (con funcionamientos cercanos en numerosos aspectos a las cárceles de mayores) son el reflejo de esta problemática. De esta forma, aunque es evidente que no se pueden generalizar estas afirmaciones y, sobre todo, que los problemas afectan de manera muy diferente según el país, la zona geográfica, el tipo de ciudad y barrio donde viven los adolescentes, las características de la familia a la que pertenecen, etc., estamos sin duda ante un conjunto de problemas muy graves y complejos por los que acaba construyéndose una idea social de los adolescentes como problemáticos, difíciles, etc. Idea que, por otra parte, llegan a compartir los propios adolescentes, como he podido comprobar a través de un estudio sobre la comunicación padres-hijos en el que, dentro de los numerosos contenidos obtenidos a través de la metodología de grupos de discusión, los adolescentes nos dicen que no quieren llagar a ser padres ni profesores porque son dos roles muy costosos: "ser padre es muy difícil, yo desde luego no quiero serlo". "no hay quien aguante el ser profesor", están entre las frases que más repiten. Estas y otras afirmaciones semejantes nos las han repetido adolescentes, estudiantes de Instituto, que viven en una ciudad pequeña (15.000 habitantes) de Castilla-León, en la que los problemas planteados por los adolescentes son muy pequeños comparados con los que se dan en otras ciudades grandes y barrios marginales. Pero plantear así las cosas es simplificar el análisis de la realidad y echar la culpa a los adolescentes de unos problemas que son mucho más complejos. Por ello, desde la perspectiva de la violencia

sexual, nos vamos a plantear este tema de forma más global para llegar a demostrar que las conductas agresivas de los adolescentes son el resultado de numerosas causas entre las que está el hecho de ser ellos mismos víctimas.

1. Los adolescentes como agresores sexuales

Todos los datos demuestran un hecho importante. Los adolescentes son, con frecuencia, agresores sexuales.

Cinco datos sobresalen como conclusión de las numerosas investigaciones internacionales:

- a) El 21 % del total de violaciones son cometidas por menores de edad (Murphy y Otros, 1992).
- b) Más del 50% de los agresores cometen su primera agresión antes de los 16 años (Groth y Otros, 1982).
- c) Si bien todo parece indicar que los abusos sexuales no han aumentado globalmente, al menos en los últimos 40, sí están aumentando los abusos cometidos a menores por otros menores adolescentes.
- d) Los menores agresores, como en el caso de los adultos, son prácticamente siempre varones.
- e) Los agresores sexuales (varones casi siempre) es más probable que hayan sufrido ellos mismos agresiones sexuales u otra forma de maltrato con anterioridad. Aspecto este que comentamos más abajo con detenimiento.

En nuestra propia investigación sobre la prevalencia de los abusos sexuales en España, aunque en lugar del concepto de menor como agresor, usamos el de adolescentes tal y como los considera la OMS, es decir, menores de 20 años, pudimos comprobar que del total de abusos cometidos a menores el 12% habían sido cometidos por menores de 20 años (López y Otros, 1992). El aumento de las denuncias de abusos sexuales en los centros escolares y en su entorno, referidas casi siempre a la agresión sexual de un menor contra otro, son otro indicador de esta preocupante realidad. Los factores que pueden explicar estos hechos son complejos, pero con seguridad tienen que ver con las

características de la propia pulsión sexual adolescente, la desinhibición general, especialmente en el campo de la sexualidad, y la falta de valores éticos de referencia de estas nuevas generaciones, así como con la tendencia a acceder a formas de ocio en la que el alcohol (y en algunos casos otras drogas), se ha convertido en un mediador casi imprescindible para un buen número de adolescentes, que alargan sus días festivos hasta la madrugada del día siguiente recurriendo a estimulantes. En otros casos y situaciones más específicas, el clima de violencia social en el barrio o en el país, la crisis del sistema familiar, etc., puede también contribuir a que los adolescentes estén peor socializados y tengan menos razones para controlar sus impulsos y más inclinados también a recurrir a la agresividad para obtener favores sexuales o incluso, simplemente, para demostrar su poder.

También debe que tener un valor explicativo fundamental el hecho de que los agresores sean prácticamente siempre varones, aunque pueden encontrarse casos de chicas agresoras. No es fácil encontrar una respuesta a este hecho, que se reproduce también en el caso de los adultos agresores, pero nosotros creemos, teniendo en cuenta los hechos y las diferentes teorías sociológicas, que es probable que los varones sean empujados culturalmente a cometer las agresiones sexuales o, en todo caso, sean, en cierto sentido, exculpados por el hecho de haberlas cometido. Tampoco debemos descartar algunas causas de tipo biológico, aunque éstas resulten muy polémicas. ¿Por qué hacemos estas afirmaciones?. Desde nuestro punto de vista hay varias razones que las fundamentan:

En primer lugar, la construcción social sobre la sexualidad del varón favorece las agresiones sexuales porque éste es presentado como: a) "muy necesitado" sexualmente, de manera que si no tiene relaciones sexuales, se afirma, está extremadamente tenso; b) se le reconocen "dificultades para controlarse", especialmente si la situación le ha provocado ciertos niveles de excitación, c) se considera que "se juega en cada relación su autoestima" si no consigue el sí de las chicas, d) se cree que mejora su status ante los

demás si es capaz de vencer las resistencias. En segundo lugar, está el hecho reiteradamente comprobado de que los varones aprenden más rápido y usan más los patrones de conducta agresivos desde la primera infancia. De hecho tienden a usar más la agresividad física y verbal para conseguir sus objetivos.

Todos estos factores sociales favorecen las agresiones sexuales de los varones y pueden hacer que los más vulnerables (a la tentación de usar estas conductas) se sientan empujados y hasta recompensados por cometer las agresiones. En cuanto a las características personales específicas de los agresores, es verdad que no son "enfermos psiquiátricos, pero no es menos verdad que se trata de adolescentes que tienen un déficit el proceso de socialización que se manifiesta en alguno de estos cuatro ámbitos o en varios de ellos:

- a) Carencia de la ética social que claramente considera que no se debe imponer la conducta sexual a los demás, porque esto es un delito contra la libertad e intimidad.
- b) Falta de habilidades sociales que les llevan a cometer graves errores relacionales: no saben expresar el deseo, seducir, respetar el "no" de la otra persona", etc.
- c) Falta de capacidad de autocontrol generalizada o situacional. No son capaces de controlar sus impulsos imponiéndoselos a los demás bien
- d) Con frecuencia son insensibles al sufrimiento ajeno, carentes de empatía con las víctimas.

Por todo ello nos nos gusta hablar de los agresores como personas "normales", algo que se hace continuamente entre profesionales, sino como personas, en este caso adolescentes, que tienen deficiencias graves en su proceso de socialización. Conocer las características de la sociedad, las ideas sociales sobre la sexualidad del hombre y de la mujer y las de los agresores concretos es fundamental para los trabajos de prevención y terapia. Por poner dos ejemplos, es fundamental trabajar en la escuela los patrones de conducta de los chicos y las chicas, para que ellos sean menos agresivos y ellas menos condescendientes, y en la

terapia con los agresores, el entrenamiento en el autocontrol, el aprendizaje de valores sociales y la promoción de la empatía (que aprendean a ponerse en el punto de vista de las víctimas y a compartir sus sentimientos, para movilizar las razones mentales y afectivas que les lleven a respetarlas). Con independencia de las razones que mejor expliquen este fenómeno de los menores como agresores sexuales, lo que es cierto es que ha sido necesario cambiar la propia definición clásica de abusos sexuales, centrada en el concepto de asimetría de edad entre un adulto y un menor, para incluir en ella a los menores que abusan sexualmente de otros menores sirviéndose de algún tipo de coerción:

Entre estas definiciones, una de las que tiene más consenso es la propuesta por el "National Center of Child Abuse and Neglect" (NCCAN) en 1978:

"En los contactos e interacciones entre un niño y un adulto, cuando el adulto (agresor) usa al niño para estimularse sexualmente él mismo, al niño o a otra persona. El abuso sexual puede también ser cometido por una persona menor de 18 años, cuando ésta es significativamente mayor que el niño (la víctima) o cuando está (el agresor) en una posición de poder o control sobre otro menor".

2. Los adolescentes como víctimas

Mejor documentado está aún el hecho de que los adolescentes son con frecuencia víctimas de abusos sexuales. Los abusos sexuales a menores, se dan en todas las edades, desde el primer año de vida hasta la mayoría de edad, pero se dan con especial frecuencia en torno a la pubertad y primera adolescencia. Todos los datos internacionales confirman este hecho.

La prevalencia general de abusos a menores de 17 años está en torno al 20-25% en las chicas y al 10-15% en los chicos, según distintos estudios, incluido el realizado en España (López y Otros, 1992).

En nuestra investigación también pudimos comprobar que la frecuencia de abusos era mayor en este mismo periodo como demuestra la siguiente tabla:

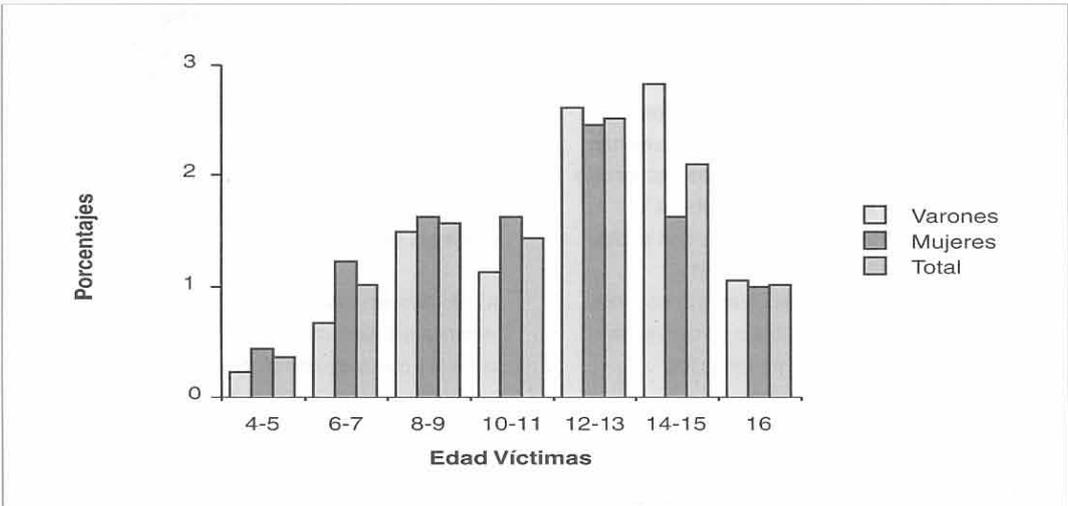
En efecto, la pubertad y primera adolescencia es el periodo en el que los niños y niñas son más vulnerables, dato éste que confirman otras investigaciones. Aunque es probable que a medida que descendemos en edad algunos casos de abusos no sean reconocidos como tales por los niños muy pequeños o, simplemente, no los recuerden.

Edades de las víctimas

Edades	V	M	Total
4-5	2,24	4,43	3,56
6-7	6,72	12,32	10,09
8-9	14,93	16,26	15,73
10-11	11,19	16,26	14,24
12-13	26,12	24,63	25,22
14-15	28,36	16,26	21,07
16	10,45	9,85	10,09
Totales	100	100	100
Medias	12	11,1	11,44

Entre las posibles explicaciones que pueden ayudar a entender por qué los abusos sexuales son más frecuentes en torno a la pubertad, nos parece importante reseñar lo siguiente. En primer lugar, es probable que los adolescentes con 14 años o más años puedan resistirse de forma más eficaz a los agresores, lo que explicaría que a partir de 13-14 años la frecuencia de los abusos comience a descender. En segundo lugar, por lo que se refiere a los más pequeños, es muy probable que en algunos casos recuerden peor si han sufrido o no abuso sexual, especialmente si eran muy pequeños cuando sucedieron. Por último, es posible que los preadolescentes (chicas y chicos) cumplan para algunos agresores una doble condición, continuar siendo niños y, sin embargo, manifestar, a la vez, claros signos del inicio de la madurez sexual. En este periodo, la pubertad y primera adolescencia, es también cuando los efectos de los abusos son más graves, seguramente porque los niños y niñas están en un periodo de inestabilidad y cambio general. Aproximadamente el 60 u 80 % de los adolescentes que son abusados sufren un impacto a corto plazo caracterizado por la ansiedad, la

Distribución por edades de las víctimas de abusos



vergüenza, el asco, la desconfianza hacia el agresor, hostilidad hacia el agresor, el miedo, la culpa, etc. que también se manifiesta en las actividades escolares (falta de concentración, desinterés, etc.), familiares (conflictos familiares, huida de casa, etc., especialmente si la agresión ha sido hecha por un familiar) y sociales (tendencia al aislamiento y el retraimiento) cotidianas. Estos efectos, en todo caso, dependen de muchos factores, entre los que destacan el tipo de abuso sufrido (más efectos a más impactivo), la relación con el agresor (más efectos si es un familiar o una persona de confianza), la frecuencia (peores efectos si se repite). Un número más difícil de precisar de adolescentes llegar a tener tal impacto que necesitan ayuda clínica para superarlo (entre el 15 y el 30% de las víctimas) y un número que puede estar también en torno al 20 o 30% sufren efectos a largo plazo de diverso tipo que afectan a numerosas esferas de su vida (López y Otros, 1992).

3. Los agresores como víctimas

Desde hace varias décadas conocemos con bastante seguridad el hecho de que las personas que sufren maltrato cuando son menores es más probable, en relación a las no maltratadas, que

acaben maltratando a otros menores con posterioridad. También sabemos que quienes maltratan es más probable (en relación con quienes no maltratan) que hayan sido maltratadas durante su infancia. Aunque esto es una verdad referida al conjunto de los grupos (tomados los sujetos en su conjunto) no puede aplicarse mecánicamente a cada caso, es decir, hay personas que rompen este círculo y personas que se introducen en él por otros motivos. Pero estos hechos y los razonamientos que se pueden hacer a partir de ellos no son transferibles directamente al caso de los abusos sexuales por una razón bien evidente: las niñas sufren aproximadamente el doble de casos de abusos sexuales que los niños (el 20% frente al 10%) y, sin embargo, sólo excepcionalmente se convierten en agresoras sexuales. Es decir, el llamado círculo no se reproduce en los casos en que la víctima es una mujer. ¿Se da en los casos en que la víctima es un varón? Los resultados no son tan claros como en el maltrato infantil en general.

Parece bastante claro que los agresores sexuales es más probable que hayan sido víctimas de maltrato físico que de maltrato sexual: Lewis y Otros (1981) encontraron que el 76,5% de los agresores sexuales habían sufrido abuso físico y el 78% habían sido testigos de abuso físico. Ryan (1987)

encontró que un 40% de los agresores sexuales habían sufrido abusos físicos. Los resultados no son tan claros, ni tan significativos, en cuanto a la relación entre el hecho de haber sufrido abuso sexual en la infancia y convertirse en abusador sexual. Es este caso, los resultados son imprecisos y aún más variables. En todo caso, los autores han encontrado entre los agresores sexuales frecuencias de abuso sexual en su infancia superiores a la población de no agresores: frecuencias que oscilan entre 47% y 17% (Murphy y Otros, 1991).

En todo caso, es importante señalar que no todos los varones que han sufrido abuso se convierten en agresores sexuales y que no todos los agresores sexuales han sido víctimas.

4. Los agresores y las víctimas necesitan ayuda

Acabamos de ver que en muchos casos los agresores son también las víctimas, aunque es indudable que en la mayoría de los casos las víctimas, tomadas en su conjunto, no acaban convirtiéndose en agresores. Unos y otros necesitan ayuda.

Entre las cosas que nos parecen fundamentales para ofrecer una ayuda eficaz están las siguientes.

1. No estigmatizar a las víctimas, ni a los agresores. Los agresores necesitan ayuda.

Todo el mundo está de acuerdo en que no hay que estigmatizar socialmente a las víctimas. Etiquetarlas de víctimas de forma generalizada (en todos los contextos, en lugar de hacerlo sólo desde el punto de vista jurídico y en ese contexto) y para siempre, considerar que valen menos que el resto de la población, atribuirle necesariamente efectos dramáticos y de por vida a los abusos, clasificarlas dentro de un tipo de personas especiales, sobreprotegerlas, rechazarlas de una u otra forma, etc., están entre las formas de estigmatización más frecuentes. Nos parece fundamental en estos casos ayudar a estas personas a afrontar judicialmente (con la denuncia), socialmente (reconociendo los hechos, buscando ayuda personal y profesional si se necesita y estando dispuestas a evitar que esto

pueda suceder a otras personas por evitar la denuncia, etc.) y personalmente estos sucesos (reconociéndose una persona válida, capaz y hasta orgullosa por saber afrontar la situación).

Pero no es tan frecuente oír hablar de los agresores como personas que necesitan ayuda. Aspecto este que es muy importante en todas las edades, pero muy especialmente cuando se trata de agresores adolescentes. Las razones son, sin embargo, evidentes:

a) Un número significativo de agresores han sido víctimas previamente y sufren secuelas importantes, entre las que cabe destacar, la tendencia a usar un patrón agresivo en las relaciones. Como consecuencia de estas conductas hay víctimas, pero también estos agresores han sido víctimas y acaban pagando grandes costos por ello (posible pérdida de libertad, relaciones inadecuadas que hacen sufrir a las víctimas y por las cuales también ellos sufren condenándose a formas de vida altamente lesivas para su vida emocional, interpersonal y social).

b) Un número significativo de víctimas puede llegar a sentimientos ambivalentes en relación con el agresor (especialmente si éste pertenece a la familia) por lo que si se le "demoniza" y se plantean las actuaciones únicamente como "pago" de una "culpa" pueden sentirse culpables, renunciar a la denuncia, perdonar al agresor, etc. Las víctimas elaboran mejor los efectos de estas experiencias si acaban aceptando que además de que el agresor sufra las consecuencias penales pertinentes, éste es ayudado a rehabilitarse.

c) Los agresores tienen derechos que no pierden, entre los que están el sistema de garantías procesales y las ayudas para rehacer su vida.

d) El enfoque meramente policial y penal es un fracaso, porque una vez cumplida la pena los agresores vuelven a la sociedad, frecuentemente en peor situación de la que entraron en la cárcel.

e) Ayudar a los agresores adolescentes es especialmente importante por varias razones específicas:

– Las intervenciones son más eficaces cuando aún se han cometido pocas agresiones,

especialmente si es después de la primera.

- Los agresores adolescentes son menores y tienen un especial derecho a ser protegidos y ayudados más que penados, también cuando cometen errores, por grandes que sea.
- Es una de las mejores formas de evitar que haya otras víctimas en el futuro.

2. Hacer un trabajo de prevención focalizado en los padres, los profesionales y los propios menores, en este trabajo se trata a todos los menores como posibles víctimas, pero también, especialmente en el caso de los varones, como posibles agresores. Nosotros mismos hemos desarrollado una propuesta de prevención con numerosos materiales de intervención en cinco documentos: para padres, educadores, infantil, primaria y secundaria (López Y Del Campo, 1997). Especialmente importante es trabajar con los adolescentes varones desde esta doble de posibles víctimas y posibles agresores para que aprendan a resolver sus necesidades de intimidad sexual respetando a los demás y, también, para que hagan valer su libertad y su dignidad diciendo en este caso tanto los chicos como las chicas) "NO", cuando quieren decir "no".

Estas intervenciones se deben hacer siempre en un contexto de educación sexual en las que se presente una visión positiva de la sexualidad. No somos partidarios de programas aislados y específicos de prevención de abusos sexuales a menores.

BIBLIOGRAFÍA

- Baker, A. W. and Duncan, S. P.** (1985): Child sexual abuse: A study of prevalencia in Great Britain. *Child Abuse & Neglect*, 9, 457-467.
- Bentovim, A.; Elton, A.; Hildebrand, J.; Tranter, M., y Vizard, E.** (1988): *Child sexual Abuse within the Family*. London: Wright.
- Boney-McCoy, S., y Finkelhor, D.** (1994): *Prior Victimization: A risk factor for child sexual assault and for PTSD- Related symptomatology among sexually abused youth*. Durham, N. H.: Family Reserch Laboratoy.
- Briere, J. and Runtz, M.** (1988): Post sexual abuse trauma. En G. E. Wyatt and G. J. Powell. (Eds) *Lasting effects of child sexual abuse*. Newbury Park, U.S.A: SAGE Publications.
- Browne, A. and Finkelhor, D.** (1987): Impact of child sexual abuse: A review of the research. *Annual Progress in Child Psychiatry and Child Development*, 1987, 555-584.

- Finkelhor, D.** (1994): The international epidemiology of child sexual abuse. *Child Abuse and Neglect*, 5, 40-9-417.
- Finkelhor, D.; Asdigin, N., y Dziuba-Leatherman, M. A.** (1994): *The effectiveness of Victimizations Instruction: An Evaluation of Children's Responses*. Durham, N.H.: Family Rechearch Laboratory.
- Finkelhor, D.; Hotaling, G.; Lewis, I. A. and Smith, C.** (1990): Sexual abuse in a National survey of adult men and women: Prevalence, characteristics, and risk factors. *Child Abuse & Neglect*, 14, 19-28.
- Golman, R., y Golman, J.** (1988): The prevalence and nature of child sexual abuse in Australia. *Australian Journal of Sex Marriage and family*, 9 (2), 94-106.
- López, F.** (1990): *Educación sexual*. Madrid: Fundación Universidad Empresa.
- López, F.** (1995): *La prevención de los abusos sexuales y la educación sexual*. Salamanca: Amorrortu.
- López, F. y otros** (1994): *Los abusos sexuales de menores: Lo que recuerdan los adultos*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales (Investigación de 1992).
- Murphy, W. D.; Haynes, M. R., y Page, I. J.** (1992): Adolescent sex offenders. En W. O'Donohue and J. H. Geer. (Eds). *The sexual abuse of children: Vol. 2*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- O'Donohue, W.** (1992): Definitional and Ethical Issues in Child Sexual Abuse. En W. O'Donohue and J. H. Geer. (Eds). *The sexual abuse of children: Vol. 1*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- O'Donohue, W., y Geer, J. H.** (1992): *The sexual abuse of children:*. Vol. 1.y Vol. 2. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Peters, S. D.** (1988): Child sexual abuse and later psychological problems. En G.E. Wyatt and G.J. Powell. (Eds) *Lasting effects of child sexual abuse*. Newbury Park, U.S.A: SAGE Publications.
- Risin, L., y Koss, M. P.** (1987): The sexual abuse of boys: Prevalence and descriptive characteristics of childhood victimizations. *Journal of Interpersonal Violence*, 2 (30), 309-323.
- Rostron, A.** (1985): *Sexual Abuse of Children in Swedwn: Perspectives on research, intervención and consequences*. Paper prepared for U.S. Sweden Joint Seminar of the Physical and Sexual Abuse of Children at Satra Bruk, Sweden. Stockoholm. Radda Barnen.
- Salter, A. C.** (1992): Epidemiology of child sexual abuse. En W. O'Donohue and J. H. Geer. (Eds). *The sexual abuse of children: Clinical issues*. Vol. 1. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Wurtale, S. K., y Miller-Perrin, C. L.** (1992): *Preventing child sexual abuse: Charing the responsibility*. Lincoln, NE :University of Nebraska Press.
- Wyatt, G. E. and Powell, G. J.** (1988): *Lasting effects of child sexual abuse*. Newbury Park, U.S.A: SAGE Publications.